

## CIUDAD SOSTENIBLE: LA EXCLUSIÓN SOCIAL COMO INSOSTENIBILIDAD URBANA

Prof. Dr. Fernando Vidal Fernández  
Instituto Universitario de Migraciones  
Universidad Pontificia Comillas de Madrid  
[fvidal@upcomillas.es](mailto:fvidal@upcomillas.es)

### **Introducción. La incidencia del paradigma de la sostenibilidad en las teorías de la exclusión social**

La sostenibilidad ha ido cobrando tal profundidad y proyección, que se ha convertido en una idea tan universal y conformadora como la noción de progreso. La sostenibilidad viene a dar respuesta a algunas de las más sombrías dudas que la modernización arrojó sobre la concepción de progreso, apostando por la solidaridad intergeneracional, el papel del patrimonio medioambiental y cultural (tradición), la equidad, la atención de la singularidad de las personas y los pueblos, etc. Si alguna realidad ha sido emblema moderno del progreso, ésa es la metrópolis y es la ciudad donde también se arrostran los principales desafíos para verificar que la sostenibilidad es idea-guía de nuestra civilización. La tercera idea que maneja el título que nos proponemos reflexionar es la de exclusión social. La exclusión social sería antónimo de la sostenibilidad. Si la sostenibilidad aparece como solidaridad con las generaciones futuras, su ausencia es precisamente la exclusión de éstas de los modelos de desarrollo; la insostenibilidad es la desresponsabilización por las generaciones futuras y, también, por las pretéritas. La insostenibilidad es la exclusión de las generaciones, la exclusión intergeneracional, que rompe la solidaridad histórica. La insostenibilidad no reconoce los derechos que las generaciones futuras tienen sobre el presente; su autoridad sobre lo que hacemos con el mundo, con el patrimonio sapiencial de la humanidad y con nosotros mismos.

La insostenibilidad es la exclusión de las generaciones de las *propiedades temporales* de la generación presente; es la exclusión de las generaciones a hacerse presentes. La exclusión de las presencias no alcanza su mayor drama en la exclusión espacial como muchas veces solemos pensar sino en la temporal e histórica. Pese a ello, el fenómeno que nombra la exclusión suele expresarse a través de metáforas de carácter espacial como la metáfora geológica de la estratificación, la marginación o la propia exclusión. Gran parte de los perfiles sociales vinculados a la pobreza introducen la idea de la calle –otra prueba de la naturaleza espacial que suele asociarse a la exclusión-. Sin embargo, posiblemente, la exclusión social se manifiesta con mayor fuerza –aunque menor evidencia- en la exclusión de los tiempos. Daniel Innerarity reflexionó sobre ello en su *Ética de la hospitalidad* (2001, Ed. Península, Barcelona) cuando hablaba de la desconexión que la personas pobres sufren del modelo de gestión temporal que rige en nuestro mundo. Como dice Innerarity, “El marginado no está en la periferia espacial sino que vive literalmente otro tiempo. (.) Buena parte de las decisiones que adoptamos, personal o colectivamente, implican decisiones acerca del tiempo de otros, en el pasado y en el futuro. (.) Continuamente estamos seleccionando qué queremos conservar o desechar del patrimonio que otros nos entregaron y qué vamos a dejar a quienes vengan después.” (Innerarity, 2001: pp.161-162). La exclusión social vacía de responsabilidades a las generaciones que viven frente a sus descendientes; borra sus

derechos de presente y presencia. La exclusión social vacía a los sujetos de sus derechos de desarrollo, no reconoce sus potencialidades ni atiende a sus necesidades o esperanzas. Y para protegerse de su crimen, busca negar incluso la memoria futura desde la que la vida de estas personas y pueblos pueda reclamarles responsabilidad. La exclusión social no sólo niega los derechos que los pobres tienen sobre el presente sino también los derechos que puedan tener sobre el futuro en forma de testimonio. La exclusión social destierra a los pobres y sus testigos. El Holocausto, que es paradigma de cualquier exclusión social al haber hecho de los judíos la clase más excluida posible, precisamente buscó no sólo la eliminación de todos los judíos sino de cualquier memoria futura de su presencia.

La sostenibilidad es la idea que expresa parte sustancial de la solidaridad histórica, de la que forman también parte las ideas de desarrollo, progreso o tradición. Enraiza en fenómenos tan íntimos como la paternidad, la filiación y la familiaridad. Y se eleva a dimensiones tan abarcales como la Historia, enlazándolas todas en un proceso que es capaz de aproximarse con el macro y con lo micro a la solidaridad.

La exclusión social es la mayor división histórica, es –como diría Hermann Cohen (1919, *La religión de la razón desde las fuentes del judaísmo*, Anthropos, Barcelona)- el mayor sufrimiento de la humanidad. La exclusión social ha mostrado su rostro más duro en las distintas etapas de la urbanización antes y en tiempos de la modernidad. A su vez, la sostenibilidad se ha convertido en una idea troncal conductora de nuestra civilización. En este texto vamos a estudiar su relación cruzándose ambas en el fenómeno de la ciudad. La metrópolis, especialmente, es el rostro del mundo, el icono más emblemático de la modernidad y los tiempos que la están siguiendo. En esta reflexión vamos a estudiar cómo se cruzan las dos ideas inversas –exclusión y sostenibilidad- por los pasos de la ciudad. Sin duda, estos tres grandes fenómenos de nuestro tiempo, pensados en su encrucijada, arroja una especial luz sobre nuestra comprensión del problema de nuestro tiempo y de la solución que anida en su más profundo interior.

Vamos a desarrollar la reflexión en tres movimientos. Primero miraremos las claves de la sostenibilidad en la época que estamos viviendo. En segundo lugar, examinaremos su cruce con el fenómeno de la pobreza. En tercer lugar, deliberaremos cuáles son las políticas metropolitanas que avanzan hacia su solución.

## **Primera parte. Las 12 claves de la sostenibilidad urbana neomoderna:**

### **1. Las estructuras de la Neomodernidad**

Nuestro mundo está sumido en una nueva época que comenzó a sentirse a final de la década de los años setenta y que, fundamentalmente, consiste en un retorno de algunos de los principios sustanciales de la modernidad que la postmodernidad había cuestionado. El corto ciclo de postmodernidad duró los treinta años que van desde que en 1945 termina la Segunda Guerra Mundial hasta 1975, año en que comienza la revolución informática, el paradigma neoliberal y llega a su ocaso la ola cultural sesentayochista. La postmodernidad había cuestionado radicalmente los fundamentos de la modernidad formulando alternativas para todas sus instituciones y una nueva sabiduría popular. Parte del postmodernismo ha quedado incorporado a nuestra civilización pero a finales de los años setenta, el proyecto postmoderno se quiebra (a)

por su inadecuada gestión de la dimensión de la tradición que le desconecta no sólo de la generación anterior sino de la próxima, (b) por su combinación con la ideología de las clases medias y (c) por la fuerte oposición que no sólo surge del sistema sino del propio interior del movimiento postmoderno en forma de violencia antisistema.

La crisis económica de 1973 cataliza una cadena de crisis que serán cultural, social, tecnológica, política y religiosa. El resultado es la emergencia de una nueva generación de líneas maestras que van a recomponer el proyecto moderno de la universalización. La universalización es el eje sustancial con el que la modernidad quiso responder a la crisis medieval y que ha ido tomando distintas modulaciones en las distintas épocas. Sin ser un movimiento compacto, una serie de estructuras emergen para conectar de nuevo con el cuestionado proyecto de la modernidad, aunque con profundas contradicciones y suspicacias internas. Entre esas estructuras, el Club de Roma da carta de naturaleza pública a la idea de sostenibilidad en 1972 con *Los límites del crecimiento*, justo antes de que estallara la crisis, cuando ya se habían registrado el desplome de los índices de rendimiento de las plusvalías del capital en todo el planeta. La exclusión social será una de esas estructuras que vendrán a reconfigurar el fenómeno de la estratificación social en una nueva realidad que ya no se basa sólo en la propiedad de los medios de producción ni en los niveles de consumo sino en una idea más profunda que incorpora los fenómenos de la explotación, la alienación y la dominación: la violación de la alteridad. La exclusión es, en su estructura más esencial, la violación de la alteridad que no reconoce la singularidad y libertad del otro, que se desresponsabiliza de su vida, al que niega la presencia y sus consiguientes derechos de presente.

El movimiento es complejo y abre líneas tan distintas como la nueva cultura minimalista, de New Age y nueva épica, las fundaciones de Microsoft, Apple y el sistema operativo DOS, la constitución de la Mayoría Moral en Estados Unidos y la emergencia de nuevos líderes mundiales o la idea de la sociedad postindustrial. Siendo tan amplio, podríamos sintetizarlo en seis estructuras que caracterizan esta época denominada Modernidad Avanzada, Segunda Modernidad o Neomodernidad y que vamos a exponer muy brevemente

#### **a. Sociabilidad reticular y global**

La red y la globalización son iconos fácilmente reconocibles de la nueva época. Quizás sea la globalización –y especialmente su brazo operativo, Internet- la estructura social más emblemática de nuestro tiempo. Ambos inciden en un mismo aspecto: la transformación de los patrones de sociabilidad. Una época es auténticamente revolucionaria si transforma la sociabilidad. La industrialización supuso la sociabilidad urbana y la Neomodernidad supone una nueva sociabilidad. Ésta es reticular y global. La red es una nueva forma de relación social basada en la sinergia. Es sustancialmente distinta a la sociabilidad corporativa basada en los límites de inclusión –que establecía fronteras institucionales que definían las solidaridades y la constitución de comunidades- porque busca la conexión, comunicación y cooperación universal. Y es más que cooperación porque no sólo trabaja fusionando o dividiendo de forma especializada el trabajo sino que busca empoderar cada uno de los puntos de la red y sabe que para que cada punto de la red sólo saca lo mejor de sí si establece las relaciones necesarias para ello. Esta nueva forma organizativa está transformando todos los tipos de instituciones empresariales, cívicas, culturales o urbanas. A su vez, la

globalización introduce la relación simultánea con todo el planeta en la vida ordinaria de cada persona, revolucionando los lugares. Los lugares ya no son locales sino globales: nuestro mundo ya no se organiza concéntricamente sino transversal y globalmente. Nuestra vida cotidiana está implicada en procesos en los que participan personas sin limitación de distancia geográfica. El movimiento de Comercio Justo posiblemente ha puesto de manifiesto como nadie este hecho. La sociabilidad resultante es más móvil, más amplia y con mayor rotación: como nunca antes en la historia, posibilita el máximo desarrollo de la agenda de contactos y, sin embargo, no garantiza la mínima comunidad.

### **b. Economía flexible y neoliberal**

La reticularización global de las instituciones se ha combinado con una nueva cultura organizacional que ha pasado de tener el foco en el desarrollo corporativo a fijarlo en el cumplimiento de la misión. Hemos pasado de organizaciones corporativas a organizaciones misionales. La clave no está ya en la conservación del estatus corporativo –especialmente manifestado en la desfuncionarización- sino en poner a toda la organización en función del cumplimiento de la misión planteada, aunque eso conlleve la transformación radical de toda la corporación. Es decir, es la misión la que da forma a las instituciones transformándolas continuamente a tal fin –en un proceso creativo continuo de destrucción y reconstrucción- y no al contrario, cuando finalmente las mediaciones montadas para cumplir una misión acababan impidiendo que medien hacia nada que no sean ellas mismas. La flexibilización puede ser el concepto que sintetiza todas las nuevas tecnologías de organización desarrolladas desde comienzos de los ochenta.

Que la Neomodernidad es ambivalente es algo que salta a la vista estimando las tres estructuras mencionadas hasta el momento. La red, la globalización y la flexibilidad son ideas de valoraciones muy contradictorias. Es tan claro que han supuesto avances como que han sido instrumentos para intensificar la explotación. En este caso, la nueva sociabilidad y la nueva organización han sido soportes para la implementación del llamado neoliberalismo. El neoliberalismo fue una de las primeras máscaras identificadas como características de este nuevo tiempo. Principalmente, el neoliberalismo consiste en una flexibilización de todas las instituciones que cumplen alguna función económica de modo que sean las leyes respectivas compensatorias de oferta y demanda las que regulen las instituciones. El debate sobre el neoliberalismo y sus consecuencias –tan crudamente vividas en la crisis o fraude global que actualmente sufrimos- es amplio y hondo, superando el espacio que queremos dedicar a este apartado. La propia cuestión de la exclusión social encontraría aquí un lugar como el principal estratificador social de nuestra época. No escapa a nadie que el neoliberalismo es cara de nuestro tiempo y que no sólo impone un paradigma económico y empresarial sino también de sociabilidad e incluso cultura.

### **c. Sujetos reflexivos y desarrollo informacional**

Pese a la visibilidad que en la Neomodernidad tienen los cambios económicos y la sociabilidad, la cultura tiene un papel crucial en su configuración. En primer lugar tiene un papel que procede de una conformación de la subjetividad. Y no de sus dimensiones internas solamente sino en su papel público. La importancia de la subjetividad es

progresiva. Propiamente, podríamos afirmar que una primera característica de la cultura neomoderna es el regreso del sujeto a primera escena tras un tiempo en el que se le ha dado tanta relevancia causal a las estructuras. Esto no sólo se manifiesta en la alta demanda de la literatura de autoayuda, sino que principalmente es una nueva estructura que pone en primera fila la responsabilidad del sujeto y la crucialidad del conocimiento.

La responsabilidad del sujeto, especialmente en relación a la dimensión del conocimiento –en sus acepciones tanto de información como de sentido-, es lo que está detrás de un fenómeno que ha ido cobrando mayor reconocimiento público como dimensión característica de nuestra época: la reflexividad. La reflexividad es la responsabilidad que el sujeto debe tener de la veracidad del marco de sentido con que orienta su acción y su vida. Cuando hablamos de sujetos no sólo nos referimos a sujetos personales sino a sujetos colectivos como familias, grupos, organizaciones, etc. Así, se habla de familias reflexivas, empresas reflexivas o de ciencia reflexiva. El sujeto tiene que hacerse personalmente responsable de elegir cuál de las muchas opciones de sentido e identidad que se le plantean es la verdadera. El sujeto ya no tiene fácil sujetarse a un sistema dado en el que se inserta sino que la multiplicación de los contextos, la diversidad, la pluralidad y la progresiva incertidumbre, plantea un problema irresoluble a las grandes agencias de sentido: formular sentidos personalizados que den cuenta de los infinitos contextos en los que se hallan los sujetos. La imposibilidad para dar fórmulas morales, obliga al discernimiento de lo bueno, lo verdadero y lo bello en cada momento, que es irrepetible y cada vez más difícilmente estandarizable. El resultado es que el sujeto está obligado a la reflexión. La reflexividad puede ser modulada, no obstante, no como responsabilización sino como solipsismo. Puede que se ponga excesivo énfasis en una reflexividad individualista o una autoreflexividad. Desde esa línea, el sujeto se estaría proclamando soberano del yo, negando derechos a la intervención de autoridad alguna en el ámbito definido como privado.

El informacionalismo forma parte del proceso más amplio de la reflexividad. No sólo asume la responsabilidad del sujeto en la propia producción del conocimiento a que se adhiere como veraz sino que afirma que es la principal fuente de legitimidad, desarrollo y productividad. Manuel Castells en su trilogía sobre la informacionalización identifica el modo de desarrollo informacional como el paradigma de la productividad. Ampliando su alcance, encontraríamos que la fuente principal de legitimidad, desarrollo y productividad de las organizaciones es la optimización de los modos de captar, tratar y aplicar información. Es decir que la fuente del progreso son las revoluciones hermenéuticas, aquellas capaces de conocer, valorar y expresar de modo cualitativamente distinto al dominante de modo que son capaces de hacer que dichas organizaciones cumplan mejor su misión. La informatización ha sido una maquinaria que ha permitido capturar, procesar y aplicar de modo distinto la información y por eso a veces se ha reducido la comprensión de la informacionalización como mera informatización. En realidad va mucho más allá, apunta al sentido de las cosas más que a los meros datos sobre ellas –que incluye-.

#### **d. Cultura pragmática**

La cultura se caracteriza también por ser pragmática. Lo cual pretende que los contenidos de sentido sean recursos que los sujetos emplean para mantener su consonancia cognitiva y la comunicación. El pragmatismo parte de la imposibilidad de

establecer de forma absoluta la verdad, el bien y la belleza (una idea popularizada por el constructivismo y el nihilismo del final del ciclo postmoderno), de la inconveniencia de que las ideas presidan el cambio social o de que sea posible la comunicación absoluta de ideas entre las personas. Si no es posible o conveniente la identificación de la verdad, entonces se defiende que la verdad es en realidad una función del poder –el poder de descripción, el poder del consenso o el poder del sujeto-. EL pragmatismo en realidad lo que establece es la permanencia fáctica de las ideas inscritas en el orden establecido de las cosas y la limitación de las discusiones más expresivas o que visibilizan y explicitan la naturaleza de las ideas. Así, hay una asunción pragmática de las instituciones y los poderes fácticos, en detrimento de las ideologías o las agencias convencionales de sentido como la educación, las religiones o las auténticas ciencias. Las tres son pragmáticamente convertidas en instrucción, confesión o tecnología. El pragmatismo está detrás de dos fenómenos que se han prodigado en las últimas tres décadas: el fundamentalismo y el relativismo. Ambos comparten una raíz común: el escepticismo. Son sendas reacciones a la convicción de que sólo el poder establece la verdad. Puede ser el poder de cada sujeto (relativismo) o el poder del grupo (fundamentalismo). Así, las diferencias carecen de relevancia y por lo tanto el personalismo degenera en individualismo y un individualismo que, como sostiene Ulrich Beck, lejos de singularizar, estandariza. Las ideologías de la diversidad sólo tienen un carácter singularizador y de alteridad cuando no son mero relativismo cultural. Por otra parte, el llamado movimiento neocon asume principios de pragmatismo y aplica principios que considera imprescindibles para la formación de la razón natural como son la fortaleza corporativa, la cohesión ortodoxa, el privilegio epistemológico de lo fáctico y la precaución frente a la innovación. La neofilia que supone el gusto histórico por lo nuevo del relativismo cultural, es una actitud gemela de la neofobia, la fobia contra el cambio.

Una cultura pragmática es más fácilmente deslizible y ofrece menos arraigo en el sentido, propiciando no sólo la variación sino también la anomía. Es una cultura que aunque fue creada para evitar las guerras, introduce una profunda violencia estructural que hace depender la sabiduría no sólo de la autoridad sino del poder. Esa sociedad acaba haciendo declinar los niveles de deliberación colectiva, lo cual multiplica el riesgo social.

#### **e. Sociedad de riesgo**

La idea de la sociedad de riesgo fijada por Ulrich Beck, es otra de las insignias populares de nuestra época, correlativamente relacionada con la sostenibilidad. Especialmente relacionada con la sostenibilidad, en realidad la estructura de nuestra época apunta a otro paradigma del cambio social. La actual estructura de la sociedad de riesgo lleva a que se haya instalado un modelo de cambio multiplicativo que hace más posibles –aunque más improbables- cambios cualitativos que sucedan de forma irruptiva. En términos negativos, pueden ser denominados catástrofes y, en términos positivos, revolución o cambios cualitativos. El siglo XXI está centrifugando el mundo. Hemos establecido un modo de cambio que Renè Thom denominó catastrófico y que consiste en que avanzamos respondiendo a desafíos cualitativos con saltos cualitativos a su vez. Los conjuntos de elites, actuando de forma quizás no intencional, conforme necesitan modelar las conciencias y modular los movimientos sociales, asumen un modelo de control que abre mínimas pero reales posibilidades de cambio radical con la confianza en que la existencia de esa posibilidad legítima como libre al sistema

capitalista y confianza en que la ínfima probabilidad de que alguien quiera realizar esa mínima posibilidad hace que el riesgo sea plenamente asumible. Esta es la paradoja del cambio social en nuestro tiempo: antes vivíamos en un tiempo conservador en el que había masas que predicaban la revolución y ahora vivimos en una revolución permanente en la que nadie quiere ser revolucionario. He ahí la gran contradicción que sujeta nuestro tiempo: el sistema actúa revolucionariamente con sujetos que no quieren serlo. El neodesarrollismo busca una explotación geométrica de los recursos, pero en dos direcciones –y por eso se denomina bigeométrica- que son cada vez más y en menor tiempo. De esta forma, no solamente se sobreexplotan los recursos presentes sino que lo más sustantivo de la sociedad de riesgo es que se explota el tiempo, se sobreexplota el tiempo de las generaciones futuras gastando los recursos que uno le detrae que tengan. El casino global que es nuestro mundo es un ludópata que no sólo pone todo su patrimonio en la ruleta sino que esquilma el de sus hijos y nietos. De este modo, se toman decisiones que embargan las posibilidades de las siguientes generaciones: la sociedad de riesgo es desarrollismo sobre el futuro. Como si urbanizáramos especulativamente el tiempo que no es nuestro, que es de los hombres del mañana, no sólo dilapidamos nuestro presente sino los futuros presentes.

Estamos ahondando en un modelo social que Giddens denominó apocalíptico. A nuestro parecer, ciertamente estamos en un mundo apocalíptico ya que se planta ante decisiones cada vez de mayor crucialidad. Lo cual no significa que estemos ante un mundo que sólo suscite pesimismo. Estamos en un mundo apocalíptico pero no infernal: hay sufrimiento y hay esperanzas, hay pesimismo y hay grandes logros. Lo sustancial es que todo es a lo grande, desaparecen los términos medios. Y paradójicamente, en un mundo en el que desaparecen los términos medios todo el mundo quiere ser de clase media, pesar centristamente y lograr una vida normal. René Thom lo anticipó muy lúcidamente en su obra de 1972, "Estabilidad estructural y morfogénesis" bajo el lema "sociedad de catástrofes". Ulrick Beck lo ha sintetizado bajo la conocida fórmula "sociedad de riesgo". Si poderamos no sólo las improbabilidades sino también las posibilidades, creemos que el término más preciso sería decir que vivimos en un mundo multiplicativo.

Todos los estudiosos citados se refieren a que los dilemas son cada vez más cruciales: más multiplicadores o más divisores. Se acabaron las decisiones con consecuencias de baja intensidad y además no hay más remedio que asumir riesgos. En el futuro nos encontraremos que las decisiones que tomemos habrán sido causa de efectos muy prósperos o habrán dado al tacho con lo que se pusiera en juego. Estamos ante un juego de "todo o nada". Se exageran los factores que intervienen, se vuelven más centrales, tienen un papel más definitivo. Todo cada vez es más estructural y dialéctico. El irrupcionismo que defendían las visiones de Walter Benjamin, Jünger o Bloch en la Alemania de entreguerras, se manifiesta finalmente como una dinámica de cambio cada vez más improbable pero a la vez más posible. Hay que precisar que la noción de catastrofismo de Thom no significa que necesariamente tenga que ser negativo el resultado sino que es una mera estructura de cambio que puede terminar con un bien mayor o un mal mayor; lo único seguro es que será un enorme cambio, una revolución. La sociedad de riesgo intenta hacer más probable la normalidad corriendo el riesgo de hacer más posible la revolución.

#### **f. Ciudadanía y Tercer Sector**

Finalmente, también es característico de nuestra época la emergencia de la ciudadanía global que empuja otra cultura pública en la que el Tercer sector no significa que éste la domine sino que todas las instituciones –Administración, Mercado, Sociedad Civil– sean repensadas desde los principios de participación, autogestión e inclusión social. Se extiende un nuevo imperativo solidario que demanda desde los foros locales y globales una alternativa más democrática que, frente a la desesperanza de un mundo tan complejo y confuso, se sostiene que es posible.

Una clave importante en relación con nuestro objeto de estudio es la configuración de las ciudades, fruto de estas estructuras que hemos expuesto. La influencia de la sociabilidad reticular y global es importante, pero no lo es menos la flexibilización, la neoliberalización, el informacionalismo y la reflexividad o la sociedad de riesgo, junto con la participación ciudadana o el pragmatismo. Todos ellos están reconfigurando una nueva metrópolis que ya no depende tanto del crecimiento poblacional como de otras dinámicas que constituyen el núcleo metropolizador. Hoy en día para convertirse en metrópolis ya no es crucial ser una megaciudad con millones de habitantes sino que el modo metropolitano se ha constituido en el modelo conformador de toda ciudad.

## **2. Las 12 claves de la sostenibilidad urbana**

La ciudad es el lugar donde primeramente se observan las nuevas tendencias de casi cualquier tipo de estructura social y por eso su realidad depende tanto del marco de época, del marco civilizatorio. Hemos visto panorámicamente nuestra época dándole su lugar al fenómeno que manejamos y ahora, en el segundo movimiento de esta primera parte, toca pensar la sostenibilidad urbana desde sus claves internas, a la luz de ese foco general sobre el problema. Hemos identificado doce claves que presentamos como ideas pares para poder pensar la sostenibilidad. En general, nos transmiten que la sostenibilidad es una cuestión que no sólo se juega en lo medioambiental como pudiera identificar la opinión pública sino que la potencia del concepto es que exige una posición de todas las dimensiones sociales y personales. Desarrollemos brevemente las 12/24 claves y veamos cómo se perfila la geometría de la sostenibilidad.

### **a. Cohesión y solidaridad**

El primer par de claves de la sostenibilidad urbana tensan el concepto desde la cohesión y la solidaridad. Uno de los desafíos más impactantes a la sostenibilidad urbana de los últimos tiempos nos refiere a las tendencias disgregadoras de las ciudades, que cuestionan su legitimidad y desarrollo. Las revueltas que en el otoño de 2005 se desataron en el Oeste del cinturón suburbial de París, extendiéndose posteriormente a media docena más de ciudades francesas, supusieron un aviso de la violencia acumulada en las barriadas populares, sometidas con frecuencia a intensos procesos de desempoderamiento. La disgregación social de las ciudades amenaza su sostenibilidad amenazando en primer lugar al propio bienestar y seguridad de los ciudadanos que la sufren en primera persona. Pero también genera procesos degenerativos y violentos que acaban extendiéndose por la mayor parte de la ciudad, lo cual desata una espiral perversa que va agravando los problemas. La solidaridad es quizás el eje más importante de la sostenibilidad. Una ciudad sólo es sostenible si es solidaria y no crea desigualdades que amenacen su estabilidad. Pero no es sólo como amenaza como se

presenta la insostenibilidad sino que una ciudad solidaria infunde adhesión y defensa de sus miembros y de su propia existencia. Una ciudad sólo es sostenible si no existe un grupo significativo de sus propios habitantes que sea indiferente a su destino. En ese sentido, la exclusión social hace insostenibles las ciudades porque crea riesgo para sus habitantes y no garantiza el desarrollo de todos sus recursos humanos. Una primera clave de la sostenibilidad urbana consiste, por tanto, en poder garantizar la cohesión solidaria entre los habitantes y en el territorio.

#### **b. Comunidad y vinculación**

La sociedad Neomoderna desafía la noción de comunidad en la ciudad metropolizada. El cuestionamiento de la propia dimensión de territorio como dimensión antropológica de lo social –por el progresivo peso de la experiencia cotidiana de lo virtual y la comunicación electrónica-, provoca un reto a la sociabilidad urbana. La comunidad es crucial para la sostenibilidad urbana porque sin sujeto no hay organización. La creación de sujeto ciudadano requiere el fomento de suficientes vínculos como para que haya una conversación pública y una esfera pública en la que surjan grupos y entidades que asuman la actividad de la ciudad. Además, las dinámicas metropolitanas fuerzan dinámicas que no garantizan la comunidad mínima que pueda acompañar a las personas y eso provoca procesos de aislamiento, abandono y expulsión hacia fuera o hacia dentro de la ciudad. Una ciudad que no ofrezca lugares de pertenencia a los sujetos, al igual que zocos donde poder intercambiar con alta pluralidad, acaba generando una ciudad sin sujetos y, por tanto, debilitada para lograr generar proyectos colectivos.

#### **c. Confianza y seguridad**

Las ciudades necesitan crear suficiente confianza como para atraer tanto a los mejores recursos humanos y personas que quieran intercambiar, como a sus propios ciudadanos. Para ello hay varios tipos de seguridad que debe garantizar. Seguridad física lograda por una baja criminalidad. También seguridad medioambiental, dependiente de los índices de contaminación. Pero también seguridad en la gobernanza, seguridad política de derechos y libertades y una seguridad social que garantiza que cualquier persona que caiga en exclusión encontrará en la ciudad un protector. Eso crea en cada ciudadano la confianza de que tanto él como los suyos pueden apostar todo por la vida en dicha ciudad ya que ella no sólo recogerá lo mejor de ellos sino que firma una alianza según la cual si uno de ellos fallara sería protegido y levantado por la propia ciudad. La ciudad tiene que lograr en sus pobladores la seguridad de que pueden confiar a ella a los suyos. La crisis global que sufrimos tiene en su origen un fuerte componente de desconfianza del sistema financiero internacional. Eso no es una condición superficial sino que la confianza simbólica tiene cada vez mayor relieve en la sostenibilidad de cualquier organización o sistema, especialmente cuanto más abstracto sean. Siendo la ciudad cada vez una entidad más abstracta por la reticularización de las relaciones, la creación de confianza y seguridad es una pieza más imprescindible para hacerla sostenible.

#### **d. Movilidad y accesibilidad**

La sostenibilidad de la ciudad también se dirige hacia uno de sus centros neurálgicos: la movilidad. Las ciudades surgen como castillos y encrucijadas. Castillos de seguridad y encrucijadas de intercambio y disponibilidad. Sin intercambio, las ciudades

languidecen. Sin personas, materias e ideas disponibles, las ciudades enferman. La ciudad genera confianza, cohesión y vinculación si no se concibe como una yuxtaposición de subciudades sino si existe un flujo de intercambio laboral, comercial, cívico, cultural, simbólico, etc. entre todos sus pobladores. Para ello la accesibilidad de la ciudad y de los espacios ciudadanos es vital, así como la movilidad del conjunto de los habitantes por los circuitos sociales. La accesibilidad hace que exista una apropiación conjunta de los espacios públicos, fomentando la responsabilización. La movilidad crea una dinámica de fecundación de las distintas iniciativas y proyectos por la multiplicación de las sinergias.

#### **e. Intercambio y pluralidad**

Hemos adelantado uno de los ejes importantes de la sostenibilidad urbana sin el cual la propia esencia de la ciudad decae: el intercambio. Cuanto más intercambio hay entre grupos más plurales, la ciudad gana en fortaleza, es capaz de hacer frente a las amenazas y aprovechar las oportunidades. La creación de territorios segregados por el exclusivismo o la violencia de su exclusión, no hace sino romper la ciudad y desresponsabilizar a amplios colectivos del destino conjunto, intensificando las debilidades de la ciudad. El modelo de la sociedad cruzada de William Kornhauser (1959, *Aspectos políticos de la sociedad de masas*, -que en realidad debía haberse traducido como *Políticas de la sociedad de masas*-, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, primera ed. española en 1969) supone que la democracia sólo es sostenible si las personas no están encuadradas en grupos monolíticos sino si las pertenencias de los ciudadanos se cruzan compartiendo con distintos tipos de personas diferentes espacios públicos. Si las personas sólo se relacionan con los que piensan igual que él y los que son homogéneos, entonces se forman colectivos segregados que acaban creando desconfianza e insostenibilidad social. La ciudad tiene el reto de crear intercambio entre los distintos grupos de modo que se aviven los diálogos, se multipliquen las sinergias y se comprometan las responsabilidades con el conjunto. A su vez, las metrópolis tienen un reto importante en la pluralidad. El rostro de las ciudades más prósperas y sostenibles del planeta ya no es monocolor sino que es intercultural. En esta época global, la globalización de la vida cotidiana de las ciudades se vuelve un factor de éxito creciente en todos los ámbitos: empresarial, cultural, educativo, internacional, etc. El contingente internacional de las ciudades y el asentamiento de grupos procedentes de distintas nacionalidades se ha vuelto un factor de prosperidad no sólo por la disponibilidad laboral sino porque son uno de los más potentes motores para lograr la transnacionalidad de una ciudad.

La primera conclusión transversal en el curso del análisis de estas claves sería la siguiente: la ciudad es un fenómeno de alteridad, de apertura al otro, de encuentro e intercambio con el otro. Tanto cuanto la ciudad haga de la alteridad su dinámica troncal, ésta será creativa y sostenible; tanto cuanto excluya al otro no reconociendo su singularidad, promoviendo su participación y responsabilizándose de su presencia, la ciudad se hará invivible e insostenible.

#### **f. Comunicación y reticularidad global**

La transnacionalización de las ciudades es un factor de prosperidad, pero, como es conocido, también un factor de riesgo si no se cumplen los otros criterios de

sostenibilidad. El contingente inmigratorio desde distintas ciudades del mismo país, países del mismo continente y la inmigración intercontinental, constituyen un factor de riqueza económica, social y cultural de primera magnitud. La presencia de extranjeros en todos los niveles sociales, su conexión bipolar –que hace de ellos un puente con sus países de origen a la vez que se asientan en la ciudad de destino- y la atracción de actividad internacional es un factor que permite que la ciudad se conecte con el resto del planeta. Quizás sea más una clave de prosperidad que de sostenibilidad, pero en el mundo que vivimos, la sostenibilidad de una ciudad pasa también por su incorporación al conjunto de redes internacionales sin las cuales su grado de intercambio se debilita. Lo cierto es que una ciudad es sostenible en la medida que sea lugar de encuentro de las alteridades más variadas y ricas. La ciudad gana en sostenibilidad tanto cuanto sea atractiva como lugar de encuentro y creación social, empresarial, intelectual, cultural, religioso, estético, medioambiental, etc.

#### **g. Salud y desarrollo personal (felicidad)**

De una forma más clara, el mantenimiento de un entorno saludable tiene una incidencia directa en la sostenibilidad de una ciudad. Es de esperar que el próximo siglo los pobladores de nuestras ciudades se escandalicen de nuestra actual vida en medio de la contaminación al menos tanto como nosotros nos alarmamos por cómo los obreros del siglo XIX vivían en las negras ciudades industriales. Aquí el pensamiento popular es vivamente consciente de la amenaza que supone diariamente la contaminación que suponen la polución y el ruido que tan directamente afecta a la salud. Tema tan desarrollado, apenas exige mayores explicaciones. A su vez, la ciudad es sostenible tanto cuanto ofrezca oportunidades de desarrollo de las vidas de las personas y trabaje por su felicidad ofreciendo proyectos de sentido, justicia en los conflictos y lugares donde compartir con otros. La infelicidad acaba generando bolsas de malestar que dañan la confianza, multiplican la indiferencia y hacen emerger la violencia.

#### **h. Medios innovadores y emprendimiento**

La investigación de Manuel Castells y Peter Hall, *Tecnópolis del mundo* (Alianza, Madrid, 1994), sobre las condiciones de éxito para constituir polígonos que alberguen centros de innovación tecnológica, concluye que el punto crítico es crear medios de innovación. Los medios de innovación se generan cuando se concentran espacialmente varios factores necesarios: medios de alta formación y centros científicos (universidades), entidades financieras, emprendedores, espacios de convivencia e intercambio (tanto asociativas como informales) y entidades de fomento público. Todas ellas forman un medio en el cual es posible que se establezcan las sinergias suficientes para que se produzca la innovación tecnológica. En realidad, el principio de medio innovador podría aplicarse a cualquier área del saber. Puede que varíen los factores pero el concepto permanece si existe pluralidad de funciones, autonomía creativa, lugares de libre intercambio y recursos de experimentación.

Pero, ¿por qué la innovación es un factor de sostenibilidad? Ya hemos visto que la ciudad surge originalmente como un recurso para la seguridad y el intercambio. Hemos visto que sin promover la comunicación, la ciudad languidece. La ciudad es una concentración humana que requiere una creatividad continua que garantice la disponibilidad de suficiente oferta y demanda. El emprendimiento surge desde la misma

iniciativa creadora de oportunidades en todos los ámbitos que van desde la más mínima sociabilidad a los proyectos más complejos y generales. Sin emprendimiento la ciudad no puede sostener el intercambio suficiente. Pero, además, la propia sostenibilidad desafía a solucionar problemas que requieren de una activa innovación y de emprendedores que le den cuerpo operativo. La innovación encuentra sus condiciones necesarias en las libertades, la pluralidad y el emprendimiento junto con la solidaridad que empuja a la cooperación y motiva los mejores intereses.

Sin una suficiente proporción de emprendedores mercantiles, cívicos, culturales, etc. la ciudad no puede sostener sus estructuras y sólo constituyendo un medio innovador dichos emprendedores gozan de libertad y recursos para regenerar constantemente el tejido social y económico. Esta clave, cuyo relieve se evidencia imprescindible en el ámbito económico, desde el punto de vista de la exclusión crece todavía más en importancia. En medios con tanta privación como aquellos que sufren la exclusión y la pobreza, la capacidad de creatividad que multiplique los pocos recursos disponibles se convierte en un factor de supervivencia y el emprendimiento sociable y cívico es la condición que marca la diferencia que agrava las desigualdades o empodera a las personas y comunidades. Lo que es imprescindible en las élites creadoras se torna un factor de supervivencia donde rige la pobreza.

#### **i. Socialización: educación intergeneracional e integración de la inmigración**

Las estructuras justas favorecen pero no garantizan la formación de personas justas. Cada generación realiza su aventura en el curso de la cual se decantarán personal y colectivamente en una dirección moral determinada. Eso conduce a reconocer la permanente inestabilidad de la democracia, que requiere de que cada generación renueve su compromiso con ella. Pese a concepciones más mecanicistas, hay un margen de riesgo en cada generación que requiere de un complejo y profundo proceso de transmisión de la tradición democrática.

De igual modo, la ciudad necesita un permanente proceso de transmisión a las generaciones nacidas o a las personas que vienen de otras localidades para reasentarse. Si la socialización no es suficientemente intensa no crea ciudadanos que se hagan cargo de la ciudad. Si la socialización cae en el tradicionalismo, ahoga la innovación y traiciona la propia idea de tradición que requiere reinterpretación, adaptación y personalización por parte de quienes tienen que portar el patrimonio común.

Especialmente destacado es el fenómeno de la integración de los inmigrantes y, especialmente, la cuestión de la llamada segunda generación. La inmigración aparece como una figura clave en la sostenibilidad social de las ciudades, que pone a prueba la adecuada articulación de todas las claves examinadas hasta ahora. El punto crítico reside en la conjugación de las claves de socialización y participación. La ciudad sabe que la llegada de inmigrantes acaba refundando la propia identidad de la ciudad, sus costumbres, sus iconos, sus potencialidades de riqueza e innovación. Sabe también que ese proceso sólo se da sosteniblemente si la ciudad es capaz de transmitir y compartir lo mejor de sí solidariamente y si se abre a la participación del otro que aportará lo suyo a la combinación. Inclusión supone alteración; inclusión supone creación de otra ciudad capaz de incluir a todos. El centro del problema está en la correcta interpretación de la dimensión de tradición. Esto nos conduce a la siguiente clave.

#### **j. Reflexividad e identidad colectiva (tradicional y proyectiva)**

Hemos recordado al comienzo que las ciudades neomodernas son inevitablemente reflexivas. La reflexividad da contenido a todo lo que constituye tradición y orienta y permite discernir la innovación. La identidad urbana motiva y guía la ciudad como proyecto colectivo, es la herramienta para la sostenibilidad del entramado simbólico de toda ciudad. No significa que sea una identidad compacta y armónica. Normalmente es una identidad discutida y eso es, precisamente, uno de los rasgos identitarios más propios de la ciudad. Las ciudades reflexivas implementan estructuras complejas, inclusivas y participativas de deliberación que son capaces de redescubrir cuáles son los valores, creencias, leyes, sensibilidades y modos de obrar -costumbres- propios de la ciudad. Si no existe reflexividad, se puede caer en la neofilia histórica, en el tradicionalismo neurótico o en el puro escepticismo. Han asomado en claves anteriores los argumentos que conceden la importancia a la necesidad de dotarse de una identidad colectiva, entre los cuales destaca la creación de confianza. Pero de modo más general, las ciudades son proyectos colectivos que requieren una identidad. Dicha identidad se enraíza en la memoria histórica pero se proyecta junto con todos sus habitantes –nativos, inmigrantes o transeúntes-. La identidad que Castells denomina proyectiva hace que todas las agencias de la ciudad transmitan y busquen los modos y valores que puedan constituir una población que ayude a la gente a vivir con dignidad y dichosa. Sin identidad colectiva no hay proyecto mínimo compartido. Dicha identidad no es cerrada sino que es construida participadamente no sólo por los propios habitantes sino por los visitantes, transeúntes, habitantes temporales, turistas y todo aquel que puede tomar parte en definir la ciudad. La construcción reticular de la identidad obliga a una compleja conversación pública sobre la ciudad, fruto de la cual es la sensación de que las actuales identidades urbanas consisten en no tener identidad sino ser el resultado espontáneo de la convergencia de las plurales identidades de todos los que tienen algo que decir y vivir de ella. Esa sensación de una identidad que no surge de la afirmatividad de la propia ciudad sino de su acogida del mosaico de identidades en movimiento de sus participantes, ya es en sí una estrategia identitaria. Como bien proclamaba aquel lema sobre Madrid: Si estás en Madrid, eres de Madrid.

#### **k. Participación y deliberación**

La sostenibilidad de una ciudad se juega, por tanto, no sólo en el campo de las condiciones de vida, la distribución de la riqueza y la salud medioambiental sino también –o sobre todo- en el campo de lo simbólico. La sostenibilidad es una opción moral, no sólo un conjunto de medidas técnicas, y su avance es bien conocido que es fruto de la conciencia cívica, solidaria y ecológica, y de las luchas de un amplio movimiento social que ha calado en numerosas instituciones. La deliberación, además, se vuelve un factor de primer orden en la ciudad de riesgo, sometida a tensiones tan extremas fruto de la concentración de las dinámicas más fuertes de nuestra civilización en todos los terrenos. La ciudad de riesgo requiere espacios y tiempos en los que se puedan deliberar las causas y consecuencias de las distintas situaciones, así como imaginar, juzgar y posibilitar alternativas. La participación de los distintos actores implicados es crucial para garantizar una deliberación que cuente con los puntos de vista de los implicados y los recursos físicos y simbólicos de todos los que puedan

aportar algo. La sostenibilidad se juega en la capacidad para crear mediante una deliberación democráticamente participada proyectos morales –identuales- colectivos.

### **1. Justicia: derechos, libertades y responsabilidades**

Finalmente, podemos concluir que la Justicia es el factor crítico de sostenibilidad. La justicia de la participación, de la veracidad, de la solidaridad, de la dignidad de la vida humana, es el factor que mejor explica el grado de sostenibilidad de algo. La sostenibilidad es un criterio de justicia y una sociedad justa es una sociedad que ha incorporado la búsqueda de la sostenibilidad. Esa justicia implica el compromiso de los derechos de sus habitantes, pero también la libertad que da tolerantemente lo mejor de cada uno y la responsabilidad de la participación y el desarrollo por parte de los ciudadanos y todas las agencias de la ciudad. La justicia en todos los ámbitos sociales, económicos, simbólicos, etc. garantiza la sostenibilidad y la sostenibilidad constituye la justicia de una ciudad.

### **Segunda parte. Exclusión e insostenibilidad**

Sobre el fondo de las claves que hemos expuesto, en esta segunda parte queremos acercarnos con mayor proximidad a las relaciones entre sostenibilidad y exclusión social.

### **3. El contexto de desarrollo sostenible, pobreza y exclusión social: el caso del área metropolitana de Madrid**

#### **a. Evolución de la pobreza y la exclusión en España**

Metodológicamente, optamos por pensar el fenómeno de exclusión desde el país y la ciudad desde la que realizamos esta reflexión. El *6º Informe Foessa sobre Exclusión y Desarrollo Social en España* (Fundación FOESSA, Madrid, 2008) nos muestra que en el periodo de entresiglos 1995-2008, caracterizado por un extraordinario crecimiento económico y del empleo, no se ha reducido la pobreza, la exclusión extiende sus factores de riesgo y la exclusión extrema persiste sin apenas liberar a personas de dicha condición. Lo cual nos demuestra que sólo con empleo y crecimiento económico no se reduce la pobreza.

### **Pobreza**

Según la Comisión Europea –procesando datos de 2007-, España es el segundo país con mayor pobreza de Europa. Recordemos que el umbral de pobreza en la actual coyuntura está establecido por el Instituto Nacional de Estadística y corresponde al 60% de los ingresos netos por persona año. Es decir, que es considerado pobre aquel que esté por debajo de unos ingresos netos de 6.895 euros al año. En cifras absolutas, hay ocho millones y medio de personas en España que sufren pobreza moderada y sobreviven con uno 574 euros mensuales. Esto supone el 19,7% de la población, tal como ha señalado Luis Ayala desde nuestro equipo Foessa. Es el mismo porcentaje que hace quince años, pero el aumento de población hace que crezca el contingente. De esos ocho millones y medio, hay un millón y medio de personas que sufren pobreza severa, un porcentaje de la población que se ve obligado a sobrevivir con apenas 280 euros al mes. El porcentaje

de personas en pobreza extrema sufre además una bajísima movilidad social, es decir, no logramos que los segmentos más empobrecidos superen su situación sino que, pese a los servicios sociales, están enquistados en ese nicho.

Entre los grupos más afectados por la pobreza, resaltan las personas mayores. Éstas encuentran que sus tasas de pobreza han dejado de reducirse, tal como era la tendencia en los años ochenta hasta el punto que estaba por debajo de la media de pobreza del conjunto –en dicha década la pobreza de los mayores descendió diez puntos porcentuales-. Por el contrario, en esta época ha seguido una tendencia ascendente hasta superar visiblemente la media, afectando esto de modo especialmente grave a las mujeres mayores. Como señala el equipo liberado por Luis Ayala, las mujeres mayores que viven solas sufren más la pobreza hasta llegar al punto que una de cada dos de estas mujeres en España están en pobreza.

También la infancia vuelve a la primera línea que sufre más la pobreza. Uno de cada cuatro niños en España es pobre. Es más probable encontrar dicha pobreza infantil asociada a familias monoparentales y numerosas. De nuevo la pobreza infantil retorna a sociedades que parecían haberla dejado muy atrás.

Las zonas rurales, las mujeres y, especialmente, los inmigrantes son otros tres perfiles que concentran mayor densidad de empobrecimiento que el conjunto del país.

Además del análisis de la pobreza, el 6º Informe Foessa ha presentado un Índice de Exclusión que nos permite dimensionar las proporciones de la misma en España. El grupo liderado por Miguel Laparra en Foessa ha logrado dar proporción a la exclusión social en España combinando dimensiones económicas, ciudadanas y relacionales.

Un dato que nos hace darnos cuenta de la penetración que la exclusión tiene en nuestra sociedad es aquel que nos revela que un 52,4% de la población está afectado por un factor de exclusión que le hace estar en riesgo si empeora o si se asocia a otro factor de exclusión. Si estudiamos el índice de exclusión, vemos que un 47,6% de la sociedad española puede considerarse integrada: no sufre pobreza ni porta ningún factor de exclusión. Hay otro 35,3% de personas que están en unas condiciones de integración precaria, lo cual suponen ochocientos mil hogares. Hay un 17,9% de hogares que puede decirse con certeza que están en exclusión. Pero dentro de esa exclusión hay dos situaciones según gravedad. Un 11,9% de la población sufre la exclusión pero establece ciertos modos de compensación. En el último escalón, hay un 5,3% que sufre procesos de exclusión extrema.

### **Capital social**

La exclusión y la pobreza afectan a la destrucción de capital social y simbólico, lo cual profundiza la espiral de exclusión. El Informe FOESSA que Cáritas Española presentó en 2008 dedica un capítulo al capital social y simbólico; es decir, a los vínculos y al significado. Presta atención con especial énfasis al asociacionismo de las personas pobres y la conclusión es que los pobres tienen menor capital social -tanto asociativo como relacional- y además su pobreza lo deteriora progresivamente. Los pobres se asocian un 17% menos que el resto de la población (pero posiblemente la tasa asociativa tiene más diferencias porque el porcentaje de los que no contestan a la pregunta sobre

asociacionismo se dobla entre las personas pobres). La pobreza conduce a reducir el ocio social (el 45,4% de los pobres lo ha hecho), a dejar de salir con amigos (31% de los pobres), perder sus relaciones habituales (ocho veces más que el resto de la población) y abandonar asociaciones. Ante esto, los pobres que están afiliados activamente a asociaciones ven resistir mejor la calidad y frecuencia de sus relaciones sociales. Las asociaciones que más contribuyen a que los pobres no pierdan capital social son las religiosas y educativas, seguidas de las vecinales y deportivas.

El empobrecimiento, además, afecta a la calidad y frecuencia de la sociabilidad de los pobres con miembros de su hogar (el doble de pobres carece de dichas relaciones), con parientes (el triple entre los pobres carece de parientes), vecinos, amigos o compañeros de trabajo (el triple de pobres que los tiene no se relaciona con ellos). Además de hacerlas más infrecuentes, el empobrecimiento dificulta y empeora las relaciones, multiplica los conflictos en el hogar (seis veces más de pobres declaran que sus relaciones son más bien malas), con los parientes y hace menos felices las relaciones con amigos, vecinos o colegas de trabajo.

### Exclusión

Si combinamos las dimensiones de pobreza y exclusión, podemos concluir que en España hay un 12,2% de hogares que estarían dentro de la categoría de pobreza integrada. Son personas socialmente normalizadas pero sin suficientes ingresos como para superar el umbral de pobreza. En segundo lugar nos encontramos a un 9,8% de hogares que no son pobres por su nivel de ingresos pero son personas excluidas al sufrir importantes factores de desintegración. Y, finalmente, hallamos a un 7,2% de hogares españoles que sufren cruzadamente tanto la pobreza como la exclusión. Y entre ellos, hay medio millón de hogares que sufren pobreza severa y exclusión, produciendo el peor rostro de la exclusión más extrema. El Informe Foessa señala que más de la mitad de las familias gitanas se encuentran en esa condición de exclusión extrema.

Tras el primer tercio de los años noventa, España ha vivido una exultante etapa de crecimiento económico que ha truncado esta crisis económica, que, en realidad, es un fraude global. Sin embargo, una vez más se ha demostrado que la búsqueda del crecimiento económico no implica por sí mismo menor desigualdad social. Es más, **aquellos que dicen que las políticas sociales contra la exclusión deberían reducirse a políticas para la creación de empleo yerran** porque la continua creación de empleo -sin unas fuertes políticas de inclusión social, de las que carecemos- no ha aumentado la igualdad social.

En estos últimos quince años no sólo no hemos reducido la desigualdad sino que nos hemos distanciado más de los índices medios europeos. Mientras que en la Unión Europea de 25 países la renta media del 20% más pobre de la sociedad es 4,7 veces menor que la del resto, en España esa renta es 5,3 veces menos.

Sin duda, tiene que ver con que en este mismo último quinquenio los niveles de inversión en gasto social en España se hayan ido alejando nuevamente de la media europea. Lamentablemente sabemos, por propia experiencia, que, para mayor INRI, **precisamente en estos momentos de Fraude Económico Global, se quita más a los que menos tienen.** Coincidiendo con la aprobación de gigantescas fortunas de subsidios

a los grandes financieros que nos han llevado a esta crisis, se cancelan programas de acompañamiento y ayuda a los que más van a sufrir ese fraude. En vez de empoderar de verdad a la gente, pone de nuevo nuestro destino en manos de quien nos ha traído acá.

## **b. Exclusión y pobreza en el área metropolitana de Madrid**

### **Pobreza**

Madrid se caracteriza por un comportamiento singular en el conjunto de comunidades autónomas españolas<sup>1</sup>. Lo positivo es que la región disfruta de una baja pobreza moderada en relación a los ingresos nacionales pero se eleva a un nivel medio cuando consideramos la mediana de los propios ingresos madrileños. El rostro más negativo de la exclusión social en Madrid está formado por una alta pobreza extrema, una alta desigualdad de rentas y un alto nivel general de bienestar pero distribuido con una alta desigualdad. En resumen, el modelo de desarrollo social de la región de Madrid es un modelo extremo: una muy alta pobreza extrema y mucho mayor nivel de vida que el resto del país pero mucho peor distribuido que la mayoría de las comunidades autónomas. Siendo la media nacional de extremadamente excluidos del 7,2%, en Madrid se dobla ese porcentaje hasta el 14,6%, a gran distancia del resto. El problema es tan grave que constituye un desafío para toda la sociedad madrileña. Las soluciones no residen sólo en las Administraciones sino en la sociedad en su conjunto. Es una llamada dramática al compromiso de una sociedad civil más activa

Según la explotación de la Encuesta de Condiciones de Vida 2006 realizada por el CIIMU para el Informe 2008 de la Inclusión Social en España editado por la Obra Social de Caixa Catalunya, la media de ingresos en la Comunidad de Madrid es de 15.126 euros anuales, lo cual significaría un ingreso mensual de 1.261 euros. Los ingresos de los madrileños sólo se ven superados por los navarros (16.506 euros anuales) y es seguido de cerca por baleares y vascos. Hay que tener en cuenta que los ingresos estimados como necesarios por los encuestados de la ECV 2006 para poder *llegar a fin de mes* varían por comunidades, siendo en Madrid, Baleares o Cataluña de aproximadamente unos 2.200 euros mensuales, lo cual significarían unos ingresos de 26.400 euros anuales, un 43% superior a la media madrileña de ingresos. En regiones como Extremadura esa cantidad no pasa de los 1.600 euros mensuales, un tercio menor.

Cuando consideramos que la media de ingresos de los madrileños es de 15.126 euros anuales (la mediana es de 13.307 euros anuales), podemos calcular que la pobreza moderada en Madrid lleva a ingresar anualmente 7.984 euros (60% de la mediana), la pobreza grave 5.323 euros (40% de la mediana) y la pobreza severa deja tan sólo unos ingresos de 3.781 euros (25% de la mediana). Estas cifras nos sirven para hacernos idea intuitiva de lo que suponen los umbrales de pobreza que manejamos y que ahora examinaremos en términos relativos.

Refiriéndonos la explotación que hace de la Encuesta de Condiciones de Vida 2006 que se ha hecho para el recientemente publicado 6º Informe FOESSA, Madrid supone el 13,6% de la población española, solamente superada por el peso demográfico de comunidades como Cataluña -donde reside el 16% de la población- y Andalucía -17,8%

---

<sup>1</sup> Sociológicamente, el área metropolitana un cinturón de ciudades que rodean la Comunidad de Madrid, pero por la disponibilidad de fuentes, vamos a identificar dicha área con la comunidad autónoma.

de la población-. Mirando en términos absolutos la pobreza en España, en Madrid viven el 8,9% de la población pobre de España (por debajo del umbral del 60%), lo cual le asignaría el cuarto puesto entre las comunidades superada sólo por Cataluña (9,8%), Andalucía (26,2%) y Valencia (9,6%), donde pese a vivir menos población, hay proporcionalmente más pobres que en Madrid. Sin embargo cuando consideramos los niveles de pobreza más bajos (aquellos que están por debajo del umbral del 30%) Madrid vuelve a convertirse en la tercera comunidad que más personas acumula en pobreza extrema, el 9,3% de los que están en esa situación en España, en comparación con el 9,7% de Cataluña y el 28,5% de Andalucía. Considerando el umbral del 40% Madrid incluso supera en peso demográfico de personas pobres a Cataluña con un 9,7% frente al 9,6% de Cataluña y Valencia. Andalucía sobresale de lejos con el 27% de pobres por debajo del umbral del 40%.

En cambio, las tasas de pobreza establecen que en términos relativos la pobreza en Madrid es porcentualmente baja si tomamos en cuenta los umbrales con los ingresos medios nacionales. Si consideramos esos tres umbrales del 60%, 40% y 30, encontraremos que Madrid ocupa el 13º, 10º y 10º lugar, respectivamente. En la Comunidad de Madrid, hay un 13% de personas que viven por debajo del umbral del 60%, un 5,2% por debajo del 40% y un 2,7% por debajo del 30%. Las tres tasas de pobreza están lejos de los porcentajes medios nacionales que nos dicen que en España hay un 19,7% de personas por debajo del umbral del 60%, un 7,3% del 40% y un 3,9% del 30%. Así pues, Madrid se incluye en el grupo de comunidades con menores tasas de pobreza, donde se ve acompañado por Navarra, País Vasco, Baleares y Cataluña.

Sin embargo, las posiciones tornan si consideramos a Madrid en relación a los ingresos medios de la propia región porque entonces el porcentaje de pobreza moderada se alza del 13% hasta el 19,2% pasando a ocupar del 15º lugar a la 8ª autonomía en pobreza moderada. Tiene por debajo, con mayores tasas de pobreza, a Canarias (20%), Castilla-León (21%), Castilla-La Mancha (19,9%), Murcia (20,7%), la Rioja (20,2%), además de Ceuta y Melilla (30,8% y 29,4%, respectivamente).

La encuesta FOESSA 2008 nos permite encontrar más datos sobre Madrid que no están publicados en el Informe. Así, sabemos datos sobre pobreza extrema que nos ayudan a conocer mejor el perfil de exclusión en Madrid. El 4,7% de los encuestados españoles está en pobreza severa, por debajo del 30% de la mediana. Ese porcentaje es mayor en la zona Noreste y en Madrid, suponiendo el 7% y 6,9%, respectivamente. En el Sur la pobreza severa alcanza al 5,9%, en el Noroeste al 4,9%, en el Centro al 5,2% y en el Este al 2,1%. Así pues, la Comunidad de Madrid se caracteriza por una baja pobreza moderada en relación a la mediana nacional de ingresos, un nivel medio de pobreza moderada en relación a su propia mediana madrileña de ingresos y un nivel muy alto de pobreza extrema.

## Desigualdad

Sigamos avanzando en el examen del desarrollo social de la Comunidad de Madrid. La peculiaridad de Madrid es que, teniendo un índice medio de pobreza moderada, tiene altos índices de desigualdad social. Los datos están exhaustivamente trabajados por el equipo liderado por Luis Ayala en su capítulo del Informe FOESSA y su conclusión es que la Comunidad de Madrid es de las comunidades con mayor desigualdad social.

Mediante el cálculo del índice de Gini según datos del año 2000, se encuentra un panorama en el cual Navarra, País Vasco, Murcia y Castilla-La Mancha obtienen los resultados más igualitarios y, en el lado opuesto, Andalucía, Canarias, Cantabria y Madrid son las regiones con mayor desigualdad social, aunque, “salvo en el caso de Andalucía, los indicadores son sólo ligeramente más elevados que los del conjunto nacional” (FOESSA 2008: p.128). Al explicar esta inclusión de Madrid entre las comunidades más desiguales se tiene en cuenta la situación de la región, “donde cristalizan buena parte de las tensiones sociales ligadas a los nuevos procesos de modernización económica como los cambios en las relaciones laborales y las formas atípicas de empleo, las modificaciones en la estructura de hogares o una incidencia de la inmigración superior a la de otras zonas.” (FOESSA 2008: p.130). Esos datos que indican a Madrid como una de las regiones más desiguales se confirman al usar otras fuentes como la Encuesta de Condiciones de Vida de 2006 o la nueva Encuesta de Presupuestos Familiares, también de 2006.

Usando dichas fuentes de la ECV 2006 y la EPF de 2006, el Informe FOESSA obtuvo un índice capaz de medir econométricamente el desarrollo de bienestar social combinando la posición frente a la renta media junto con la equidad respecto al conjunto. El conocido como índice de Atkinson es la fórmula capaz de realizar dicha medición combinando renta y equidad. La conclusión presenta que siendo Madrid “una de las regiones con la mayor renta media, registra una mayor desigualdad” (Informe FOESSA: p.131). Madrid comparte con Cataluña y Navarra la condición de ser las regiones con mayor nivel de bienestar social de un modo continuo desde comienzos de los años setenta, pero su comportamiento es divergente ya que “aunque permanece como la Comunidad Autónoma con mayor bienestar relativo, experimentó cierto retroceso, debido a un aumento de la desigualdad mayor que en otras regiones.” (Informe FOESSA: p.133). En conclusión, “Madrid muestra una región con alta renta media pero con importantes problemas de desigualdad interna que la situarían con mayor pobreza que la media nacional bajo umbrales regionales.” (Informe FOESSA: p.135).

## **Exclusión**

Pero además de la pobreza, disponemos de datos para conocer la exclusión social en su conjunto combinando las distintas dimensiones de ésta. El equipo de investigadores coordinados por Miguel Laparra y Begoña Pérez Eransus que elaboraron el capítulo relativo a la exclusión social en España, nos ha mostrado un análisis interautonómico agrupando a las comunidades por grandes grupos territoriales salvo en el caso de Madrid, la cual contaba con suficiente muestra como para poder hacer un análisis singular. Las zonas fueron las siguientes: noroeste (Galicia, Asturias y Cantabria), noreste (Aragón, Navarra, País Vasco y La Rioja), Centro (Castilla-León, Castilla-La Mancha y Extremadura), Este (Baleares, Cataluña y Comunidad Valenciana), Sur (Andalucía y Murcia), Canarias y Comunidad de Madrid. No obstante, advierten que para el caso madrileño puede haber un cierto sesgo en los sectores de exclusión moderada.

El índice de exclusión compuesto integra dimensiones económicas, de ciudadanía y de relaciones sociales. En el eje económico se incluye el trabajo, la pobreza y la privación. El eje ciudadano incluye el acceso a derechos, protección social –sanidad, vivienda y

educación- y la pasividad política. El eje relacional implica el aislamiento social, falta de apoyos sociales, la participación en redes sociales que denominan desviadas y la conflictividad social y familiar. Un conjunto de 35 indicadores relativos a dichas dimensiones han sido combinados matemáticamente para dar como resultado un índice sintético de exclusión. Dicho índice nos muestra un perfil de Madrid que le hace disfrutar de índices de exclusión relacional bajos, sólo menores en la zona Sur (Andalucía y Murcia). Sin embargo, las dimensiones de exclusión del mercado y de la ciudadanía se muestran altas. La exclusión del mercado –eje compuesto por una combinación de empleo e ingresos- deja a la Comunidad de Madrid en el segundo lugar con mayor exclusión y la exclusión de ciudadanía –prestaciones sociales, ejercicio político y satisfacción de derechos sociales- lleva a Madrid al máximo puesto de exclusión tras Canarias. El principal exclusógeno en Madrid es el relativo a la vivienda (sólo superado Madrid por Canarias), seguido de las condiciones sanitarias donde sólo la zona Noroeste es mayor. La exclusión educativa es baja en Madrid y, sin embargo, la exclusión relativa a la pasividad política vuelve a ser alta, sólo superados por el grupo Este (Baleares, Cataluña y Comunidad Valenciana). Madrid se muestra fuerte, en cambio, en los aspectos relacionales. El conflicto social es bajo (es menor en la zona Noroeste y en el Sur) y el aislamiento social es el menor de todas las comunidades a una distancia extremadamente inferior.

El índice sintético de exclusión del Informe FOESSA pone de manifiesto que hay un 19,4% de pobreza y un 17% de exclusión social en España. Hay un 12,2% de personas que son pobres pero están socialmente integrados. Hay otro 9,8% de personas que sufren exclusión social pero gozan de un nivel de ingresos que les permite no ser formalmente pobres. Y luego nos encontramos un porcentaje del 7,2% de personas que son pobres y además excluidos.

La situación de Madrid respecto a esas categorías de pobres integrados, excluidos no pobres y pobres excluidos, es singular. Extraemos algunas conclusiones de los datos ofrecidos en las páginas 241-261 del Informe FOESSA 2008.

- En Madrid encontramos el segundo porcentaje más bajo de pobreza integrada, situado en un 9% de los madrileños. Donde más pobreza integrada hay es en la zona Centro (Castillas y Extremadura). Sólo en la zona Este es menor la pobreza integrada (8% en el conjunto de Cataluña, Baleares y Comunidad Valenciana).
- Respecto a los excluidos no pobres, Madrid ocupa una posición intermedia del 9%, cercana al 9,8% nacional. La máxima exclusión no pobre se da en la zona Este (13,7%) –sólo superada por Canarias- y donde es menor es en la zona Centro -5%-.
- Pero es en el porcentaje de excluidos pobres donde Madrid llama sobresalientemente la atención. Siendo la media nacional de excluidos pobres del 7,2%, en Madrid se dobla ese porcentaje hasta el 14,6%, a gran distancia del resto. Por zonas, los porcentajes de pobreza excluida son los siguientes: Noroeste 9,1%, Canarias 7,1%, Sur 6,8%, Este 6,6%, centro 4,7% y Noreste 2,5%.

Así pues, según los datos del Informe FOESSA, al comparar zonas, en la Comunidad de Madrid se encuentra la más grave situación de exclusión extrema de España. Tengamos en cuenta que el Informe Foessa nos permite comparar a Madrid con zonas y con el

conjunto de España. Dado el carácter uniprovincial y de área metropolitana de la región de Madrid, sería relevante realizar una comparación con otras grandes ciudades de España. Para medir en una más ajustada visión la exclusión en Madrid sería necesaria una comparación intermetropolitana con las provincias de Barcelona, Valencia o Sevilla. Por ahora, los datos nos dicen las proporciones relativas que hemos presentado y lo hacen en voz bien alta, desafiándonos a intensificar la investigación y, sobre todo, las respuestas desde toda la sociedad madrileña.

### Capital social

Respecto a la participación social, uno de los indicadores más potentes es el nivel de asociacionismo. Cuando consideramos el asociacionismo según la condición de pobreza, se descubre que los pobres están menos asociados. Madrid muestra un singular comportamiento al respecto. Al considerar la población no pobre, encontramos con que es, tras la zona Este, la región con menor porcentaje de personas no asociadas (56,2% frente al 58,2% del conjunto nacional y al 49% de la zona Este) y es la zona con mayor porcentaje de asociacionismo activo: un 36,9%, a distancia de la zona Este (33,2%) que ocupa el segundo lugar y de la media nacional del 29,4%. Los miembros no activos son menores en Madrid: un 6,5% de las personas no pobres están en esa situación, lo cual supone el segundo lugar en menor porcentaje de asociados no activos de las distintas zonas.

Así pues, al comparar las distintas zonas, hallamos que Madrid es una región con una alta participación asociativa activa. Pero a Madrid se suma otra singularidad: además de ser la región donde los no pobres están más asociados activamente, es también donde los pobres están más asociados pero sólo nominalmente. Efectivamente, tras la zona Centro, Madrid es la zona donde menos pobres no están asociados a nada, pero también es la región donde menos pobres están asociados activamente y la comunidad donde hay más pobres que están asociados pero nominalmente.

### Salud

Respecto al estado de salud, la ECV 2008 **resalta a Madrid por su especialmente nutrido grupo de adultos con un estado de salud muy bueno**: un 22%, en comparación con el 16,1%, constituyendo el lugar –si exceptuamos a Ceuta y Melilla– donde hay más porcentaje de estas personas. También es ligeramente superior a la media el grupo de adultos con un estado de salud definido como “bueno” (51,9% en Madrid, 51,4% en España). Es menor el grupo que se considera con una salud sólo aceptable (17,2% en Madrid, 20,9% nacional) y también lo son los que se definen con una salud mala (9,4% nacional, 7,4% madrileño) o muy mala (2,2% nacional, 1,5% en Madrid). Según la Encuesta FOESSA 2008, en el 13,3% de los hogares encuestados en Madrid todos los adultos sufren graves problemas de salud, lo cual nos deja en una posición próxima a la media española (14,4%).

Madrid es la **segunda comunidad con máximo acceso a servicios sanitarios**, con un 22,9% de “gran facilidad de acceso”, sólo por debajo de Navarra (37,3% de gran facilidad de acceso), en comparación con el 17,6% que alcanza en el conjunto de España. Sin embargo, aunque se mantiene en cotas altas, baja al cuarto lugar cuando consideramos los hogares que tienen gran dificultad de acceso: en mejores porcentajes

se encuentran Navarra (0,8%), Baleares (1,6%) y Extremadura (1,8%) –en España la media es del 4,5% de gran dificultad de acceso-.

Un indicador del bienestar de salud es el tratamiento dental y el resultado es medio. En Madrid el porcentaje de personas que declaran en la ECV 2006 que no pudieron acceder a tratamientos dentales es un tercio menos que en el conjunto nacional. No pudo hacerlo el 4,9% de los madrileños frente al 6,7% del conjunto de los españoles. También es ligeramente mayor el grupo de madrileños que dicen que no pudieron recibir dicho tratamiento porque no se lo podían permitir económicamente: el 48,5% de los madrileños, en referencia al 45,7% de los españoles. En esta cuestión, las disparidades entre comunidades son muy grandes, pudiendo considerar a Madrid en el grupo que está en una situación media.

Al medir la presencia de problemas sanitarios graves en la encuesta FOESSA 2008, nos hallamos con que Madrid resalta en algunas cuestiones. Por ejemplo, **Madrid es la segunda zona –tras la zona Centro- donde encontramos más hogares en los que alguien tiene o ha tenido algún trastorno de salud mental o depresión**, lo cual afecta al 16,9% de los hogares, en comparación con la media nacional: 12,8%. También Madrid es la segunda zona –de nuevo tras la zona centro- en la que hay más hogares en los que hay o ha habido personas con **ludopatías**: 3,3% de los hogares en comparación con el 2,3% del conjunto nacional. Y, sobre todo, **es en Madrid donde hay más hogares en los que alguien tiene o ha tenido problemas con el alcohol**: el 7,1% de los hogares se encuentran o han encontrado este problema, frente al 4,9% del conjunto nacional. Al observar las altas hospitalarias por síndrome de consumo de alcohol (fuente: indicadores sociales del INE, 2007), vemos que Madrid tiene unos índices altos que le hacen ocupar el quinto lugar entre las comunidades con 28,49 altas cada cien mil habitantes, siendo la media nacional de 22,91 altas. Sólo Cataluña (29,59), Extremadura (38,22), País Vasco (30,74) y Galicia (28,91) tienen tasas mayores. Respecto a hogares en los que hay o ha habido personas con problemas con otras drogas, Madrid mantiene una posición intermedia según la Encuesta FOESSA 2008. Las altas hospitalarias por adicción a las drogas son en Madrid más bajas que la media española (fuente: indicadores sociales del INE, 2007). En Madrid hubo en 2005 22,09 altas cada cien mil habitantes mientras que en el conjunto nacional la tasa fue de 22,26.

Respecto a hogares en los que hay madres adolescentes sin pareja que están en casa habiendo sido madres o a punto de serlo, en Madrid el porcentaje es especialmente bajo: 0,7% frente al 2% (sólo es menor en la zona Noreste).

## Violencia

En cuanto a la violencia (fuente: indicadores sociales del INE, 2007), en 2005 la tasa de homicidios cada cien mil habitantes era de 0,90 en el conjunto de España y del 0,83 en Madrid, siendo la Madrid la séptima posición entre las comunidades más violentas. En la Comunidad Valenciana la tasa alcanzó el 1,20 y en Cataluña el 0,79. En Madrid hay un porcentaje bajo de hogares en los que alguien tiene o ha tenido antecedentes penales: el 1,2% frente al 2,3% nacional. Sin embargo, es la segunda zona –tras la zona Este con un 7,6%- en porcentaje de hogares en los que alguien sufre o ha sufrido malos tratos físicos (7,1%, frente a la media nacional del 4,3%) y la segunda zona en malos tratos psicológicos: 8,6% de hogares, en comparación con el 5,8% nacional y tras el 8,9% de

la zona Centro. Finalmente, la Encuesta FOESSA nos permite conocer si hay hogares en los que alguien haya muerto de forma violenta, cuestión en la que Madrid resalta por encima de la media, sólo por detrás de la zona Sur (5,3%), con un 5%, siendo la media nacional del 4%.

## Vivienda

Según el recientemente creado **Observatorio de la Exclusión y los Procesos de Inclusión en la Comunidad de Madrid**, *en relación a los jóvenes madrileños, el alquiler implica un gasto medio de 772€ mensuales por hogar, un 88% superior a la media del resto del Estado. Esto supone un 88,6% de los ingresos de un madrileño entre 25-29 años, frente al 72% de la media nacional, lo que sitúa la tasa de emancipación de los jóvenes madrileños en un 29,5%.*

El INE nos permite conocer a través de la Encuesta de Condiciones de Vida de 2006 los problemas que sufren los hogares en las distintas comunidades autónomas, medidos por cinco indicadores: hogares con luz insuficiente, hogares que sufren ruidos producidos por vecino o procedentes de la calle, hogares con problemas de contaminación u otros problemas ambientales, aquellos que están bajo condiciones de vandalismo o delincuencia y, finalmente, los hogares que manifiestan que no tienen ningún problema especialmente marcado.

Respecto a la luz, la región madrileña está en una posición media. En España hay 10,7% de hogares con luz insuficiente y en la región de Madrid alcanza al 10,9% de sus hogares. Con tasas mayores que Madrid se encuentran Extremadura (11%), Comunidad Valenciana (11,3%), País Vasco (11,9%), Castilla-La Mancha (12,3%) y Cataluña (13,8%).

El ruido de vecinos o producido en la calle hace sufrir al 25,7% de los hogares españoles, porcentaje que se eleva medio punto porcentual en la región de Madrid situándose en el 26,3% de los hogares. Madrid es la quinta región donde se sufre más ruido, estando por encima Cataluña (27%), Murcia (29%), Andalucía (29,3%) y la Comunidad Valenciana (34,8%).

Si bien en estos dos indicadores, Madrid permanece en niveles similares a la media nacional, en los siguientes la región encabeza los hogares con problemas. Es la autonomía **donde hay más hogares que sufran contaminación u otros problemas ambientales**: la media nacional, que es del 15,7% de hogares, en Madrid se eleva afectando al 19,1% de los hogares. La siguiente, bastante cerca, es la Comunidad Valenciana (19,0%) y después está Murcia (18,7%).

La región de Madrid es también **donde los hogares más sufren los problemas de delincuencia o el vandalismo**: la media nacional es del 18% y en Madrid lo sufre el 24,7% de los hogares. La siguiente región es Murcia con un 23,5% de hogares y la Comunidad Valenciana –afecta al 22,6 de sus hogares-.

Finalmente, podríamos medir el nivel de bienestar de los hogares conociendo el porcentaje de **hogares que declaran no estar afectados por ningún problema**. Madrid ocupa al respecto el segundo peor lugar, tras Murcia. La media nacional es

del 55,9% de hogares, en Murcia están libres de problemas el 50,7% y en Madrid sólo el 51,1 de los hogares están libres de sufrir especialmente algún problema grave.

En conclusión, según la Encuesta de Condiciones de Vida, **la situación en los barrios es notablemente peor en la región de Madrid especialmente en los aspectos de medioambiente y seguridad y nos hallamos con un menor porcentaje de satisfacción general**. La satisfacción de los madrileños con su calidad de vivienda es media. Hay un 3,1% muy insatisfecho (2,9% en España) y un 8,3% algo insatisfecho (8,1% en España).

**Respecto a dotaciones de los hogares, los bienes de equipamiento son bastante superiores en Madrid**. Es la región donde más hogares tienen lavadora (100% de los encuestados en la ECV 2006) y ordenador personal (67,3%), frente a las medias nacionales de 99% con lavadora y 58,3% con ordenador personal. En cuanto a posesión de televisión en color, Madrid está igualada con Cataluña con un 99,7% de hogares que lo tienen –la media nacional es del 99,4%-. Y ocupa con un 99,4% el segundo lugar junto con el País Vasco, tras Navarra (99,8%) en posesión de teléfono (se consideran los fijos y móviles), en comparación con la media nacional del 97,9%.

Otro modo de medir la calidad de los hogares en la ECV es estudiar la falta de espacio. Madrid es –si exceptuamos Ceuta y Melilla, con un 28,6%- **la comunidad con mayor falta de espacio en la vivienda**: en esa situación está el 20,5% de los hogares, frente al 15,6% del conjunto nacional. La comunidad autónoma más próxima a la situación de Madrid es Canarias con un 17,9% de hogares con insuficiente espacio.

La encuesta FOESSA 2008 no tiene suficiente muestra como para hallar un colectivo grande de hogares en hacinamiento, pero donde los encuentra es en Madrid. No obstante, al estudiar la insalubridad de la vivienda, Madrid es donde encuentra menos hogares insalubres: el 3,1% frente al 7,2% del conjunto de España. También Madrid es donde menos halla viviendas con deficiencias graves: la tienen el 0,5% de las viviendas frente al 1,3% de las viviendas de toda España. Y donde menos encuestados encuentra sin vivienda: el 0,2% en comparación con el 1,5% del conjunto de España.

Por último, el Observatorio de la Exclusión de Madrid destaca que en España hay casi 22.000 personas sin hogar (0,09%) ascendiendo si incorporamos todas las formas de exclusión residencial existentes. Con las mismas salvedades, en Madrid se calcula que la cifra supera las 6000 personas, habiendo ascendido a casi el doble desde el año 2002 al 2006.

### **Barrios y poblados de exclusión extrema**

Si algún aspecto manifiesta el rostro de la insostenibilidad es el de los barrios y poblados de exclusión extrema. En la Comunidad de Madrid hay 1254 chabolas, 913 en el municipio de Madrid y 341 en otras localidades de la región. En el año 1986 había en Madrid 2.000 chabolas. El censo del IRIS de 31 de diciembre de 2006 reconocía 1.084 familias que viven en chabolas, lo cual suponen unas 5.000 personas, entre las cuales 2.000 son niños. Están repartidos entre 11 asentamientos. Los recientes planes de erradicación de la infravivienda tienen la previsión de eliminar dos tercios de las mismas para 2011. La mayor operación de realojo ha sido llevada a cabo estos últimos

años en El Salobral. Quedaría la Cañada Real Galiana, que se ha convertido en el rostro más sangrante de la exclusión social en Madrid y uno de los más llamativos de Europa. La Cañada Real Galiana es un conjunto complejo de viviendas con distintas calidades, construidas al margen de los permisos legales para hacerlo. Comprende quince kilómetros de longitud y entre cuarenta y cincuenta mil personas.

### **Conclusión**

Estos trazos son suficientes para hacernos una idea panorámica de la situación, aunque faltaría reflexionar sobre aspectos tan centrales como empleo, mayores, género, inmigración y etnia. Pero estos son los datos que aportan novedades sobre Madrid y que pueden complementarse con otros estudios que se han ido publicando ofreciendo datos por todos conocidos. No es nuestro objetivo en esta ponencia un estudio detallado sino una visión general.

Madrid es una sociedad extrema. Cuenta con una potencia extraordinaria de recursos pero está afectada por una grave desigualdad social y es una región que crea mucha exclusión extrema. El problema es tan grave que se enraíza en el propio modelo de sociedad que hemos ido cultivando. Sin duda hace falta un mayor compromiso de las Administraciones públicas actuando concertadamente, pero hace falta una movilización ciudadana que dé un salto cualitativo. El voluntariado social en Madrid es muy alto y activo, pero no es suficiente como para dar solución a una metrópolis tan extrema como la nuestra. Al respecto, es necesaria una más profunda movilización de todos los recursos familiares, educativos, administrativos, asociativos, etc. Al respecto, las últimas cifras que hemos presentado, relativas al conflicto familiar y la participación social, junto con las relativas a salud mental, nos hablan de la importancia del fortalecimiento de la sociedad civil. Urge una alianza para fortalecer la sociedad civil en Madrid promoviendo familias más consistentes, tasas asociativas -de participación activa real- más altas especialmente entre los pobres. Sólo una excepcional alianza contra la exclusión puede hacer dar un salto positivo a una metrópolis que como la de Madrid se ha constituido como una sociedad extrema.

#### **4. La exclusión como insostenibilidad personal, comunitaria y social**

En la exclusión social se visibiliza de forma especialmente patente y dramática la sincronización que existe entre la insostenibilidad de la sociedad en su conjunto, la insostenibilidad de la vida de amplios conjuntos de población y la insostenibilidad del desarrollo personal. Es insostenible una sociedad en la que los sujetos no pueden desarrollar su propia vida personal y familiar. La exclusión social no sólo mina la legitimidad sostenible de las ciudades sino que es uno de los factores que más amenazan su productividad económica. Tanto legitimidad como productividad –y el propio desarrollo- dependen de la densidad de una sociedad civil –densidad definida tanto en términos de entidades disponibles como de la intensidad de actividad e incidencia- que ofrezca equitativamente participación solidaria a todos los habitantes y sus comunidades. Dicha densidad ciudadana es el humus necesario para la aparición de innovadores y emprendedores. Es el mejor caldo de cultivo para la formación de disposiciones personales que impulsen la creación, la laboriosidad y la solidaridad. A nadie se le escapa la importancia del proceso educativo a ese fin y el grave reto que constituyen el alto absentismo y abandono escolar en nuestro país. La exclusión social

no sólo deprime las disposiciones personales, los vínculos sociales y las identidades colectivas (conocido todo ello como capital social y simbólico) sino que desata dinámicas de violencia y, lo que es más dramático todavía, de autoviolencia fruto de la violencia estructural que quema a los sujetos y sus grupos. Dicha autoviolencia se manifiesta en no pocas veces contra uno mismo, contra los suyos o su entorno. La exclusión social incomunica a un sector de la sociedad que se ve imposibilitado para el intercambio. A ello contribuye especialmente la brecha digital que excluye a las personas de las redes globales de comunicación, generando un nuevo suburbio digital. Todo ello multiplica el aislamiento y la desconfianza. Frente a ello, es el propio método de intervención social el que está en cuestión.

El actual fraude global al que el neoliberalismo nos ha conducido, nos demuestra que lo único que garantiza un desarrollo sostenible es la constitución de una sociedad solidaria.

La exclusión social es el factor que más amenaza la sostenibilidad de nuestro modelo y el fraude financiero global que estamos sufriendo en estos años no hace sino ponerlo de manifiesto. El factor que más garantiza el desarrollo sostenible de un país es la cualificación participativa de sus recursos humanos y la densidad creativa de su sociedad civil. La actual crisis pone de manifiesto que la principal garantía de riqueza económica es contar con una sociedad civil –incluidas empresas– densa y creativa y con sujetos sólidos, emprendedores, cualificados, comunitarios y socialmente responsables. Sólo esas sociedades densas y activas son capaces de resistir haciendo sacrificios en los momentos de crisis; organizar esfuerzos colectivos que movilicen realmente todas las fuerzas personales y sociales; innovar creativamente avanzando hacia mayores cotas de sabiduría y bienestar. Sólo una sociedad en la que los sujetos y comunidades sean consistentes y estén dotados de sentido para orientarse en un mundo progresivamente complejo e incierto estará preparada para ser económicamente productiva y competente.

Primero, lo más importante para la productividad y progreso económicos de un país es que el mayor porcentaje posible de ciudadanos sean personas emprendedoras, trabajadoras, innovadoras en sus desempeños, cualificadas, participativas. Cuanto más garanticemos que nadie va a quedar excluido de esos procesos, mayor nivel de cualificación participativa tendremos de los recursos humanos de una sociedad. Es importante garantizar que incluso quien está fuera de los procesos productivos por condiciones de edad, salud o vocación, pueda participar y contribuir al bien común. La mayor medida de confianza productiva de un país es que garantice que cualquier persona que sea excluida por cualquier razón va a contar con todo el apoyo social para recuperar su participación social; que nadie queda excluido en la ciudad.

Y segundo, una sociedad civil creativamente densa. La fuente de la productividad es la innovación organizativa y de los procesos: eso requiere una constante creatividad en las metodologías grupales y logísticas y también supone estar abiertos a revoluciones hermenéuticas que reinterpreten todos los procedimientos (lo cual depende de la mirada radical que las personas alcancen: de la cualificación o genialidad de los recursos humanos). Una sociedad es rica si cuenta con empresas, comunidades, familias, administraciones creativas, activas, emprendedoras, inclusivas. Así pues, acabar con la exclusión social no es un asunto que se revolverá si lo permiten los márgenes de plusvalías resultantes sino que es la condición que está impidiendo un desarrollo mayor

y sostenible. La exclusión social está en el origen de los problemas productivos, no entre las posibilidades según sus resultados.

La mejor infraestructura de una ciudad o una región es que disponga de una sociedad civil viva y participativa que aporte organizaciones emprendedoras, responsables e innovadoras y de recursos humanos morales y cualificados. La mejor dotación pública de una ciudad son sus autopistas de participación. Y el mejor indicador de confianza económica de una región y una ciudad es que garanticen que nadie que sufra una quiebra personal va a quedar en la estacada sino que va a contar con el apoyo personal y social para salir adelante y poder seguir contribuyendo al bien común.

La potencia económica que crea riqueza sostenible es aquella que garantiza que hasta al último de la sociedad se le dan todas las oportunidades y apoyos para poner toda su potencialidad al servicio del bien común. Hemos celebrado recientemente el aniversario del 2 de mayo y la experiencia nos ha demostrado una y otra vez –y de nuevo en esta ocasión de crisis- que las ciudades confiadas a los príncipes de la política o el mercado acaban siendo derrotadas y que sólo aquellas que tienen un pueblo unido y activo pueden garantizar el presente y ganar el futuro.

### **Tercera parte: la garantía de la sostenibilidad**

Finalmente, queremos apuntar telegráficamente las vías de solución que avanzan hacia la sostenibilidad. Para caracterizar al conjunto de soluciones ponemos el acento en la necesidad de garantizar la presencia y participación social de las personas en exclusión para que sea posible suscitar las responsabilidades y la alteridad creativa que hace sostenible a la ciudad.

## **5. Políticas de reconciliación y sostenibilidad**

La sostenibilidad urbana ha estado asociada en el imaginario colectivo a la promoción de medidas medioambientales, a la modificación centrada en aspectos físicos, económicos, tecnológicos o sociosanitarios que marcan las condiciones de vida. Sin embargo conforme avanzamos en la reflexión, somos conscientes de que los núcleos motores de la sostenibilidad son de carácter social y cultural. Especialmente en este texto hemos pensado acerca de la relación entre exclusión social y sostenibilidad. Los problemas que se plantean en la exclusión social requieren una serie de reformas que aquí sólo podemos dejara apuntadas telegráficamente.

En primer lugar, yendo de lo más general a lo más particular, es precisa una reforma de la esfera pública a la luz del paradigma del Tercer Sector. El Tercer Sector no es un tipo de entidad sino una lógica para organizar cualquier entidad desde la óptica de la participación ciudadana. El Tercer Sector no es sólo la ONG sino que cuando la Administración o una empresa abre lugares a la libre participación de sus trabajadores o de la sociedad, está creando tejido de Tercer Sector. Una sociedad que busca la participación, la deliberación compleja y la confianza, necesita de una nueva esfera pública en la que sea posible una reflexividad compleja y equitativa. Dicha reforma debería conducir a la reconstitución del sujeto público, del sujeto de la ciudad: un sujeto colectivo más consistente, solidario, participativo, creativo y responsable. La

sostenibilidad urbana es una consecuencia de la calidad del sujeto colectivo de la ciudad.

En esa reforma de la esfera pública tienen especial importancia la formación de lo que hemos referido como medios de innovación en los que todas las dimensiones de la ciudad –económicas, sociales, mediáticas, culturales, tecnológicas, científicas, religiosas, etc.- puedan evolucionar a la luz de la alteridad y la corresponsabilidad.

Especial atención tiene que recibir la escuela (y la universidad) cuyos niveles de absentismo y abandono sólo pueden ser solucionados desde una Reforma Asociativa de la Escuela en la que se reformulen las asignaturas como proyectos (de aula) y clubs (que vinculen a distintas edades), que organice el aula como una asociación, reconstituya los espacios extraescolares en términos de autogestión y organice el entorno de la escuela como una red de asociaciones que presten servicios y reclamen responsabilización a los estudiantes, sus grupos y sus familias.

La reforma del método de intervención social es otro de los puntos clave. Superar la exclusión requiere grandes reformas macroestructurales pero todas ellas son resultado de decisiones personales de quienes, con mayor o menor poder, se han desresponsabilizado de los otros sin intención consciente o con la intención de explotarles. Generar bases de inclusión supone una nueva cultura de alteridad que implique el reconocimiento singular de los otros, poner a la persona concreta en el centro organizador de los procesos de intervención social. Se trata de pasar de lo que primo Levi llamaba el *nosismo* a la responsabilidad. La alteridad nos conduce a la alternativa; el comienzo de toda alternativa es un encuentro de alteridad con quien descubrimos que ha sido nuestra víctima. Las políticas de alteridad comienzan en la comunión con los excluidos y apuntan a la reconciliación social; una reconciliación social que supone memoria, reparación y una alternativa que garantice que no se vuelva a repetir. Necesitamos implementar un trabajo social narrativo que aumente el capital simbólico (que incluye un conjunto de sentido formado por narraciones, conciencia, sabiduría popular, proyecto, disposiciones, educación, valores, creencias arraigadas, etc.); promover agentes de cambio social más reflexivos (especialmente promoviendo la renovación y soporte de los profesionales, la movilización cívica y fraternal de los voluntarios, la interculturalidad, la investigación y la heteroevaluación); incentivar la autogestión suscitando el cooperativismo y priorizando las cláusulas sociales que hacen que los servicios no produzcan lucro sino que multipliquen el capital social y simbólico de la propia sociedad civil; intensificar el capital social potenciando la solidaridad familiar y elevando las tasas de asociacionismo activo; abrir procesos de mediación y reconciliación social; fortalecer los derechos de inserción y los derechos de acompañamiento social; hacer una reforma cualitativa de la educación centrada en la solución del absentismo, el fracaso y la formación de las disposiciones personales (emprendimiento, cultura, comunicación y cooperación); superar el modelo conductista y de emergencia que corremos el riesgo de hacer dominante en las preocupaciones por la intervención, a favor de un modelo de desarrollo y empoderamiento. Favorecer los programas experimentales que nos abran nuevas vías prácticas que hasta ahora no se han promovido en todos estos ámbitos, será fundamental en los próximos años. Es a fin de cuenta una reforma humanista y cívica que pone la confianza en el empoderamiento de la sociedad civil y en la responsabilidad de las personas. Todo esto requiere una nueva mirada y un estudio más detallado pero no dudo que la crisis económica global

que sufrimos crea una coyuntura en la que podemos ver con claridad que el problema real subyace en el disco duro del propio modelo de intervención y creación social de nuestras ciudades.

La continuación de las tasas de pobreza moderada tras quince años de alto crecimiento y la persistencia de una pobreza extrema de la cual hay un colectivo que a lo largo de los años no logra salir, nos hablan de que el enfoque dominante de intervención tiene que cambiar cualitativamente. Básicamente, el giro consiste en una mirada más profunda sobre el fenómeno de la exclusión social. Es imprescindible una nueva concepción de las necesidades que haga prioritaria una intervención social más integral que ponga en el centro los procesos de empoderamiento de las personas y sus comunidades promoviendo la participación, la vinculación y las dimensiones del sentido o la conciencia. Por otra parte, es necesaria una más amplia comprensión de los activos o poderes de las personas en exclusión y urge potenciar la centralidad del encuentro y la vinculación, promover la consistencia de la vida familiar, reinventar el vecinalismo y avivar el compromiso asociativo activo. Es clave poner en el centro de la intervención social la creación de capital social y capital simbólico, a la vez que invertimos esfuerzos en dar apoyo a las personas para su desarrollo personal, para que cobren fuerzas de resiliencia y puedan ver garantizados procesos educativos que les hagan personas emprendedoras, responsables, cooperativas y autónomas, empoderados para luchar por la reconciliación social.

La ciudad neomoderna, la ciudad que nos encontramos en el siglo XXI está expuesta a posibilidades extremas. El cambio social es cada vez más cualitativo y exige para su sostenibilidad de un sujeto colectivo consistente y que posea modos de deliberación y participación. La semántica que ha generalizado el uso de las expresiones “riesgos” y “oportunidades” describe muy bien el problema y pone la idea de sostenibilidad en la capacidad para guiar un mundo desbocado –como dice Giddens- por el curso de un río en el cual hay que tomar decisiones más extremas y rápidas; en la capacidad para movilizar las fuerzas y recursos de la sociedad en proyectos compartidos; en la capacidad para unir y reconciliar en identidades que se encuentren, convivan y cooperen. La exclusión social es el principal foco de insostenibilidad que amenaza que la ciudad aproveche positivamente las oportunidades y evite los riesgos de la Neomodernidad.

Nuestras ciudades están sometidas a graves situaciones de violencia entre las cuales la exclusión social causa los más amplios sufrimientos. Hacer la ciudad sostenible es lograr que las personas sean capaces de sostenerse unas a otras solidariamente; capaces de, en estos tiempos de riesgo y confusión, sostenerse en pie en medio de la ciudad. Esa es la mayor garantía de todo tipo de sostenibilidad.